

VISITA DE LOS CHISTES^(a).

Á DOÑA MIRENA RIQUEZA.

Harto es que me haya quedado algún discurso despues que (1) ví á vuesa merced, y creo que me dejó este por ser de la muerte. No se lo dedico porque me lo ampare: llévoselo yo, porque (2) le mejore: designio interesado es el mio, para la enmienda de lo que puede estar escrito con algún desaliño, ó imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo á encarecer la invencion, por no acreditarle de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre

(a) Envuelto QUEVEDO en la caída y borrascas del célebre virey de Nápoles duque de Osuna, fué preso y encerrado por tres años y medio en la Torre de Juan Abad. Allí por divertirse amarguras y desengaños, se consagró enteramente á las letras, y escribió diversos tratados, algunos de ellos tan importantes como la *Política de Dios*, el *Comentario á la carta del Rey Católico*, los *Anales de quince dias*, y el *Sueño de la muerte*, bosquejado en 1621 y concluido de atildar en 6 de abril de 1622.

Mostrándose rendido y galán, dirigió tan filosófico y sazonado opúsculo á doña María Enriquez, y así lo descubre el anagrama doña Mirena Riqueza, del cual la primera palabra no tiene en castellano significacion propia, bien que algunos poetas hayan disfrazado con ella el nombre de María y de Mariana. En la *Galatea* de Cervantes se introduce un pastor llamado Mireno.

Era doña María Ana Enriquez dama de la reina Isabel de Borbon, mujer de Felipe IV, y así pudo contribuir á la libertad y aumentos de QUEVEDO. Juntamente con el mayordomo mayor, señoras de honor, damas, guardadamas, ayudas de cámara y médico, estruendo y aplauso que pedía la etiqueta de la corte, formaba doña María en la mañana del 27 de mayo de 1625 parte del cortejo de la joven hermana del Monarca. Hallábase la infanta prometida al príncipe de Gales, y paseando en el parque del alcázar de Madrid por tomar el acero, mosiró la mayor compostura cuando el príncipe, anheloso de hablar á su desposada, saltó las paredes del jardín; arrojó que alborotó la comitiva. Algun palaciano poeta hizo sonar también en su lira el nombre de doña María Enriquez (1).

La voz Riqueza deslumbró completamente á la multitud, entendiendo haber dedicado el autor de los Sueños su discurso á este emblema constante del humano desasosiego. Sus mismos enemigos lo creyeron ó lo aparentaron con el vulgo, á fin de hacer mas odiosas para la multitud las obras del implacable censor de los vicios que ulceraban aquella sociedad corrompida (2).

El primitivo título de la presente composicion fué el *Sueño de la muerte y el marqués de Villena en la redoma* (3). En la impresion de 1627 quedó reducido á solo *El sueño de la muerte*: epígrafe que en 1629 se trasformó en el de *La visita de los Chistes*, con que hoy se conoce.

Los adversarios del señor de la Torre de Juan Abad divulgaron una *Apología* de este sueño; papel envenenado con el rencor mas indigno, donde se llama borracho á tan ilustre ingenio, oriundo de zapateros, y sátira viva contra los hábitos, hecha por antojos del duque de Lerma. Zaheríase á QUEVEDO el tener cuatro mil ducados de renta, suponiéndolos adquiridos con libertades mal dichas y bien pagadas; motejábale de hombre que no tenía mas obligaciones que su sotana ni más herederos que su conciencia; sin cargo de restitucion, puesto que era imposible y tocaba al dueño de sus aumentos (Osuna).

Véase de qué modo se valian los autores anónimos de tan alevosos golpes, para fascinar á la plebe y ganarla con artificio contra el que noblemente suscribia con su nombre sus propias obras de útil medicina y sabroso entretenimiento:

«Si este cargo (el de borracho) no es falso, discúlpeme una cosa mal hecha, otra mal dicha; y juzguelo el vulgo, para que tenga sentencia en su favor, que juzgando con razon, clamará contra quien le reprueba la exposicion de sus afectos y el bordon de sus conversaciones: pues se vale de *Juan de la Encina* y *Mateo Pico* para hiperbolizar sus disparates; del *rey Perico* y el *rey que rabió* para sus antigüedades; para sus sentencias de *Pero Grullo*; para sus fabulas de *Calafinos*; y copia con *Harbúlias* y *Chisgaravis* los bulliciosos; con la *duena Quintañona*, las viejas enfadadas; con *Don Diego de Noche*, los entremetidos; con *Cochite-hervite*, los coléricos; con *Troche-moche*, los desalumbados; con *Doña Fáfula*, los impertinentes; con *Marizápalos*, los desaliñados; con el *alma de Garibáy*, los malquistos; y así con los demas de esta corónica. Autoridades que el pueblo tiene tan recibidas y tan esenciales para él, que si le faltasen no pudiera dar noticia de sus conceptos, pues los explica por medio de estos símiles; demas que há tantos siglos que se conservan en el mundo, sin tener en el ningún quejoso. Pero son tan pegajosos los maldicientes, que hallan el aplauso donde merecen el vituperio y el castigo.»

Peores y más vedadas armas usaron el padre Niseno, Montalvan y los demas autores del *Tribunal de la justa venganza* (pág. 267 á la 270), aspirando á conjurar contra QUEVEDO á los genoveses y hombres de negocios, á los letrados, á los magistrados y á los estudiantes, instigándolos para que se persuadiesen de que habia dirigido aquel sus dardos contra ellos, y anatematizado las usuras y vanidades de los unos, y los enredos, presuncion, é ignorancia de los otros.

DON FRANCISCO llevó también al teatro el pensamiento de ridiculizar civilidades. Con las mismas figuras de *La visita de los Chistes* escribió en 1624 el precioso entremes, que poseo autógrafa, de *Los refranes del viejo celoso* (4), y mas adelante dió otro sobre el mismo asunto á la escena: rasgo ménos lozano, aunque más dramático y de mayores dimensiones. Lleva por título *Entremes de las sombras*, y se halla impreso en 1643 (5).

Hemos tenido presentes en esta las ediciones expresadas en las notas de los sueños anteriores, y el MS. que fué de

(1) veo á vuesa merced (*Edic. de Pamplona*, 1631; *Barcelona*, 1653, y todas las posteriores.)

(2) el mayor designio interesado es el mio para la enmienda (*Id.*)

(3) Avisos MS. de la Biblioteca Nacional. — Sucesos del año de 1625. En la misma biblioteca. H. 56.

(4) *Apología al Sueño de la muerte.*

(5) Biblioteca Nacional, Aa, 167, pág. 509.

(6) Cerca de un siglo después del cómico Francisco de Castro plagió versos y tiradas enteras, formando con retazos ajenos su entremes del *Cesto y el sacristán.*

(7) *Entremeses nuevos de diversos autores, para honesta recreacion. Con licencia. En Alcalá de Henares, por Francisco Roperio. Año de 1643. — Ejemplar rarísimo.*

la risa me he olvidado de la doctrina. Si me han aprovechado el estilo y la diligencia, le remito á la censura que vuesa merced hiciera dél si llega á merecer que le mire; y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios á vuesa merced, que lo mismo hiciera yo. En la prision, y en la Torre, á 6 de abril de 1622.

Á QUIEN LEYERE.

He querido que la muerte acabe mis discursos como las demas cosas: quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto (1) sueño; no me queda ya que soñar. Y si en la *Visita de los Chistes* (2) no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré siete-durmiente de las (3) tales figuras. Vale.

Lastanosa (*Biblioteca Nacional*, Aa, 167, pág. 309). Aquellas y el MS. se ven plagados de groseras erratas, que han venido reproduciéndose y aumentándose hasta hoy que por vez primera desaparecen.

Las impresiones anteriores al año de 1629 tienen al margen del texto las notillas que copiamos á continuacion, y que expresando el asunto de cada párrafo, constituyen el argumento, digámoslo así, de toda la obra:

«Médicos, recetas, cirujanos, sacamuélas, barberos, habladores, chismosos, mentirosos, entremetidos, la muerte; enfadosos, habladores y entremetidos; médicos, los tres enemigos del alma, el dinero contra los tres enemigos del alma, las postrimerias, el infierno, el juicio, malas nuevas, el llanto, el dolor, envidia, la discordia, casamientos y sastres; la muerte de amores, la muerte de frio, la muerte de miedo, avarientos, la muerte de risa, Joan de la Encina, el rey que rabió, rey Perico, Mateo Pico, nigrománticos, ginoveses, honra, maridos, mujeres, letrados, pleitos y pleitear, Venecia, como se ha de tratar con los reyes y príncipes, rey de España, Agráges, Arbálias, Chisgaravis, Pero Grullo, profecias y verdades de Pero Grullo, dinero, el dinero es como las mujeres, casados, escribanos y ginoveses, el otro, Calafinos, Cantipalos, dueña Quintañona, don Diego de Noche, Cochihervite, Trochimoche Doña Fáfula, comedias, autos del Corpus, entremeses, Marizápalos, Marirabadilla, Marta con sus pollos, alma de Garibáy, Perico de los palotes, Pateta, Juan de las calzas blancas, Pedro por demas, el bobo de Coria, Pedro de Urde-males; san Macarro, san Leprisco y san Ciruelo; santo de Pajares, fray Jarro y san Porro; don Diego de Noche; Diego Moreno, marido cornudo.»

(1) tratado al *Sueño del juicio*, al *Alguacil endemoniado*, al *Infierno* y al *Mundo por de dentro*; (*MS. de la Biblioteca Nacional*, y la edicion de Pamplona, 1631.)

(2) Y si en la *Visita de la muerte* (*Id.*)

(3) postrimerias. Vale. (*Edic. de Pamplona.*)

DISCURSO.

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos, la desesperacion cobarde y la tristeza, esperando coger á solas á un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condicion de cobardes, en que juntamente hacen ostentacion de su malicia y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prision; pues habiendo (ó por acariciar mi sentimiento ó por hacer lisonja á mi melancolía) leído aquellos versos que Lucrecio escribió con tan animosas palabras (1), me vencí de la imaginacion, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido ó escandalizado. Para que la confesion de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introduccion á mi discurso la voz del poeta divino, que suena así, rigurosa con amenazas tan elegantes:

Denique si vocem rerum natura repente
Mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:
Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris
Lucibus indulges? Quid mortem congemis, ac fles?
Nam si grata fuit tibi vita antea, priusque,
Et non omnia peritum congesta quasi in vas
Commoda perfluxere, atque ingrata interire:
Cur non, ut plenus vitae, conviva, recedis?
Aequo animoque capis securam, stulle, quietem?

Entróseme luego por la memoria de rondon Job dando voces y diciendo (2):

(1) Lib. iii, v. 945. De rerum naturá.

(2) Homo natus de muliere, etc. (Cap. 14.)

Al fin hombre nacido
De mujer flaca, de miserias lleno,
A breve vida como flor traído,
De todo bien y de descanso ajeno,
Que, como sombra vana,
Huye á la tarde y nace á la mañana.

Con este conocimiento propio acompañaba luego el de la vida que hicimos diciendo (3):

Guerra es la vida del hombre
Mientras vivé en este suelo;
Y sus horas y sus dias
Como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideracion, me vi á los piés de los desengaños, rendido, con lastimoso sentimiento y con celo enojado, (4) repetí á estos en la fantasía:

¡Qué perezosos piés, qué entretenidos
Pasos lleva la muerte por mis daños!
El camino me alargan los engaños,
Y en mí se escandalizan los perdidos;
Mis ojos no se dan por entendidos;
Y por descaminar mis desengaños,
Me disimulan la verdad los años,
Y les guardan el sueño á los sentidos.
Del vientre á la prision vine en naciendo,
De la prision iré al sepulcro amando,
Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo:

(3) *Militia est vita hominis super terram, etc.* (Job., 7.)

(4) le tomé á Job aquellas palabras de la boca, con que empieza su dolor á descubrirse:

Pereat dies in qua natus sum, etc., cap. 3.

Perezca el primero dia

Cuanto plazos la muerte me va dando,
Prolijidades son, que va creciendo
Porque no acabe de morir pensando.

Entre estas demandas y respuestas fatigado y combatido (sospecho que fué cortesía del sueño piadoso más que de natural), me quedé dormido. Luego que desembarazada el alma se vió ociosa sin la (1) tarea de los sentidos exteriores, me embistió desta manera la comedia siguiente; y así la recitaron mis potencias á escuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro.

Fuéron entrando unos médicos á caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual: de manera que los dueños iban encima en mareta y algunos vaivenes de serradores; la vista asquerosa de puro pasarse los ojos por orinales y servicios; las bocas emboscadas en barbas, que apenas se las hallara un brazo; sayos con resabios de vaqueros, guantes en infusión, doblados como los que curan; sortijon en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran estos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos, y tratando más con las mulas que con los doctores, se gradúan de médicos. Yo viéndolos dije: «Si destes se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros.»

Alrededor venía gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que estos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejas, y los socrocios (a) tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, pasease por el tableteado de los guantes del doctor, y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios: son armeros de los doctores; ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra y que no aluda á armas ofensivas:

En que yo nací á la tierra,
Y la noche en que el varón
Fué concebido pereza.
Vuélvase aquel día triste
En miserables tinieblas;
No le alumbre más la luz,
Ni tenga Dios con él cuenta.
Tenebrosos torbellinos
Aquella noche posea;
No esté entre los días del año,
Ni entre los meses la tengan.
Indigna sea de alabanza,
Solitaria siempre sea;
Maldiganla los que el día
Maldicen con voz soberbia;
Los que para levantar
A Leviatán se aparejan,
Y con sus escuridades
Se escurecen las estrellas.
Espere la luz hermosa,
Y nunca clara luz vea,
Ni el nacimiento rosado
De la aurora envuelta en perlas.
Porque no cerró del vientre
Que á mí me trujo las puertas,
Y porque mi sepultura
No fué mi cuna primera.

Entre estas demandas, etc. (MS. de la Bib. Nacional y la edición de Pamplona de 1631.)

(1) Tarea de los sentidos (Edic. de Pamplona.)

(a) Emplasto en que entra el azafrán.

jarabes, que ántes les sobran letras para jara, que les falten; botes se dicen los de pica, espátulas son espaldas en su lengua, píldoras son balas; clísteres y melecinas, cañones; y así se llaman cañon de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, y ellos los infiernos, los enfermos los condenados (2), y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamas.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaeteadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciendo: *Recipe*, que quiere decir *recibe*: de la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. ¡Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaeteadas por delincuentes, y luego *Ana, Ana*, que juntas hacen un *Annás* para condenar á un justo! Síguense uncias y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Buphthalmus*, *opopanax*, *leontopetalon*, *tragoriganum*, *potamogeton* *senos pugillos*, *diacathalicon*, *petroselinum*, *scilla* y *rapa* (b). Y sabido qué quiere decir tan espantosa barahunda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos y peregil y otras suciedades. Y como han oído decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las compren los enfermos. *Elingatis* dicen lo que es lamer, *catapotia* las píldoras, *clyster* la melecina, *glans* ó *balanus* la cala, y *errhinæ* el moquear (c). Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué dolor habrá de tan mal gusto que no se huya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillen Serven y verse convertir en baul una pierna ó muslo donde él está? Cuando vi á estos y á los doctores entendí cuán mal se dice para notar diferencia aquel asqueroso refrán: «Mucho va del c... al pulso;» que ántes no va nada, y solo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina. Y como si el orinal les hablase al oído, se le llegan á la oreja, avahándose los barbones con su niebla. ¿Pues verles hacer que se entienden con la cámara

(2) á muerte (Edic. de Barcelona, 1635.)

(b) *Buphthalmus*, planta llamada ojo de buey; *opopanax*, el zumo de la panacea, yerba silvestre llamada heraclio; *leontopetalon*, especie de col cuya raíz bebida en vino es medicinal contra el veneno de las serpientes; *tragoriganum*, orégano cabrúno; *potamogeton* *senos pugillos*, seis puñados de yerba *potamogeton* que nace en lugares acuñosos; *diacathalicon*, electuario hecho de canafistola, ruibarbo, tamarindos, etc.; *petroselinum*, especie de peregil que nace entre las piedras; *scilla*, cebolla albarrana; *rapa*, nabo. En cuantas ediciones se han hecho de este Sueño durante dos siglos se han apurado los desatinos al estampar tales nombres. Los MSS. aun están más disparatados. Hoy es la vez primera que disfrutó el público sin errores de crasa ignorancia esta parte del discurso.

(c) *Elingatis*, de *elingere* lamer; *catapotium*, píldora que se traga sin mascar; *clyster*, la ayuda, melecina ó lavativa; *glans* ó *balanus*, cala, mecha que se hace con jabon, aceite, sal y otros ingredientes para exonerar el vientre; *errhinæ*, medicina que se toma para estornudar.

por señas, y tomar su parecer al bacín, y su dicho á la hedentina? No les esperara un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrias, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos sin alma y sin conciencia!

Luego se seguían los cirujanos cargados de pinzas, tientos cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oía una voz muy dolorosa á mis oídos, que decía: «Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, agigota, rebana, descarna y abrasa.» Díome gran temor, y más verlos el paloteado que hacían con los cauterios y tientos: unos huesos se me querían entrar de miedo dentro de otros; hícame un ovillo.

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes haciendo bragueros, y en esto conocí que eran sacamuélas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas ajenas y no ver diente que no quieran ver ántes en su collar que en las quijadas, desconfían á las gentes de santa Polonia, levantando testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes ajenos como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

¿Quién vendrá acompañado desta maldita canalla? decía yo; y me parecía que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente, cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco; tocaban todos pasacalles y bacas; que me maten si no son barberos: ellos que entran. No fué mucha habilidad el acertar; que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gratis data: era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decía entre mí: «¡Dolor de la barba que, ensayada en saltarenes, se ha de ver raspar, y del brazo que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folias!» Consideré que todos los demas ministros del martirio inductores de la muerte estaban en mala moneda y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata. Y entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luego comenzó á entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores. Parecían azudas en conversación, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilvan, otros á borbotones, otros á chorretadas, otros habladorísimos hablaban á cántaros: gente que parece que lleva pujo de decir neceidades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de día ni de noche; gente que habla entre sueños, y que madruga á hablar. Había habladores secos, y habladores que llaman del río ó del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla, gente que se va de palabras como de cámaras, que hablan á toda furia. Había otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hácia todas partes y tirando manotadas y coces; otros gimios haciendo gestos y visajes. Venían los unos consumiendo á los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas espulgándolos á todos. Venían tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños y bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detras venían los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venían ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio: (a) son lapas de la ambición y pulpos de la prosperidad. Estos venían los postreros, según pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venían tan apartados; y díjéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos): «Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos.» En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotos, diamantes, serones, perlas y guajarros. Un ojo abierto y otro cerrado, y vestida y desnuda de todas colores; por el un lado era moza, y por el otro era vieja; unas veces venía despacio, y otras apriesa; parecía que estaba léjos, y estaba cerca; y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosa y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque bien mirado era (1) figura donosa. Preguntéle quién era, y díjome: «La muerte.» «La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije: «Pues ¿á qué vienes?» «Por tí,» dijo. «¡Jesus mil veces! Muérome según eso.» «No te mueres, dijo ella; vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos á los vivos, razón será que vaya un vivo á los muertos, y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, vén conmigo.» Perdidó de miedo le dije: «¿No me dejarás vestir?» «No es menester, respondió; que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa; yo traigo los trastos de todos porque vayan más ligeros.» Fui con ella donde me guiaba; que no sabré decir por dónde, según iba poseído del espanto. En el camino la dije: (b) «Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña.» Paróse y respondió: «Eso no es la muerte, sino los muertos ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conoceis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertos de vosotros mismos.

(a) Solo paz de la ambición, dice el ejemplar de Pamplona de 1631; Solapas de la ambición el de Barcelona, 1635, y todas las impresiones posteriores hasta hoy.

(1) (como vulgarmente se dice) (Edic. de Barcelona, 1635.)

(b) Ya sé, veo señas de la muerte, porque á ella nos la pintan, imprimieron todos los ejemplares antiguos. Ibarra y Sancha: Ya se ven señas, etc., y así todos los modernos. El MS. fija la verdadera lección que adoptamos nosotros.

La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar á morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra á la sepultura. Si esto entendiérais así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la ajena en el otro; y viérais que todas vuestras casas están llenas della, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérais aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte, y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podeis ser.» «Dime, dije yo, ¿qué significan estos que te acompañan, y por qué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos?» Respondiome: «Mucha más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso ó destemplanza de humores; pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan: y así no habeis de decir, cuando preguntan ¿de qué murió Fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sino murió de un doctor Tal, que le dió de un doctor Cual. Yes de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos, en villanos (1): yo he visto sastres y albañiles con don, y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, (2) en todas hay millares; solo de los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más din al despedirse que don al llamarlos.»

En esto llegamos á una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zabullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado, y otro monstruo terrible enfrente; siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la Muerte, y díjome: «¿Conoces á esta gente?» «Ni Dios me la deje conocer», dije yo. «Pues con ellos andas á las vueltas (dijo ella) desde que naciste; mira cómo vives, replicó. Estos son los (3) enemigos del hombre: el Mundo es aquel, este es el Diablo, y aquella la Carne.» Yes cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte: «Son tan parecidos, que en el mundo teneis á los unos por los otros. (4) Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio; y así anda todo.» «¿Quién es, dije yo, aquel que está allí apartado haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras?» «Ése es (dijo la Muerte) el Dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde el está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el dia-

(1) y en frailes, como se ve en la Cartuja. (MS. de la Bib. Nacional, y la edic. de Pamplona, 1631.)

(2) clérigos militares, teólogos muchos, y letrados todos. (Id.)

(3) tres enemigos del alma: (Id.)

(4) Así que quien tiene el uno, tiene á todos tres. (Id.)

blo en que todos decís: Diablo es el dinero; y que lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo; endiablada cosa es el dinero. Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que no hay más mundo que el dinero; quien no tiene dinero váyase del mundo; al que le quitan el dinero decís que le echan del mundo, y que todo se da por el dinero. Para decir que es la carne el dinero, dice el Dinero: «Dígalo la Carne; y remítase á las putas y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas.» «No tiene mal pleito el Dinero (dijo yo), segun se platica por allá.» Con esto nos fuimos más abajo, y ántes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega me dijo: «Estos dos que saldrán aquí conmigo son las postrimerías.» Abrióse la puerta, y estaban á un lado el infierno y (5) el que llaman juicio de Minos (así me dijo la Muerte que se llamaban). Estuve mirando al infierno con atención, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte: «¿Qué miras?» «Miro (respondí) al infierno, y me parece que le he visto otras veces.» «¿Dónde?» preguntó. «¿Dónde? (dije) en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes; y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohateros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oír misas. Y lo que más he estimado es haber visto el juicio (6) de Minos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el Juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡Pesía tal! (decía yo) si deste juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creidas, sombra ó señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener deste juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me da de tornar arriba viendo que siendo este el juicio se está aquí casi entero, y que poca parte está repartida entre los vivos. Más quiero muerte con juicio que vida sin él.»

Con esto bajamos á un grandísimo llano, donde parecía estaba depositada la oscuridad para las noches. Díjome la Muerte: «Aquí has de parar; que hemos llegado á mi tribunal y audiencia.» Aquí estaban las paredes colgadas de pésames; á un lado estaban las malas nuevas, ciertas y creidas y no esperadas; el llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios, y desacreditado en los pobres. El dolor se había desconsolidado y creído, y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña, que la quise llamar Alvarez ó Gonzalez; en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida; los dientes (con andar siempre mordiéndolo de lo mejor y de lo bueno) los tenía amarillos y gastados; y es la causa que lo bueno y santo para morderlo lo llega á los dientes; mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo della, como que nacía de su vientre (y creo que es su hija legítima). Esta, huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se había ido á las comunidades y colegios; y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á

(5) al otro el juicio, así me dijo la muerte, etc. (Edic. de Pamplona, 1631.)

(6) porque hasta agora etc. (Id.)

los palacios y cortes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciéndose de una masa de soberbia y odio, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre había sospechado que los ingratos eran diablos, y caí entónces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones. «¿Quién diablos (dije yo) está lloviendo maldiciones aquí?» Díjome un muerto que estaba á mi lado: «¿Maldiciones quereis que falten donde hay casenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo, pues todos decís: Mal haya quien me casó, mal haya quien con vos me juntó; y los más, mal haya quien me vistió?» «¿Qué tiene que ver (dije yo) sastres y casenteros en la audiencia de la muerte?» «¿Pesía tal! dijo el muerto (que era impaciente), ¿estais loco? que si no hubiera casenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos y desesperados? A mí me lo decid, que soy marido (1) cinco (como bolo), y se me quedó allá la mujer y piensa acompañarme otros diez. Pues sastres; ¿á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar á la desdicha peor nombre, la llaman desastre, del saestre; y es el principal miembro de este tribunal que aquí veis.»

Alcé los ojos y ví la Muerte en su trono, y á los lados muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frío, la muerte de hambre, la muerte de miedo y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba (2) con muy poquito seso. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, á Piramo y Tisbe embalsamados, y á Leandro y Hero y á Macías en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente vi que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y á puros milagros del interés resucitaban. En la muerte de frío vi á todos los (3) ricos, que como no tienen mujer ni hijos ni sobrinos que los quieran, sino á sus haciendas, estando malos, cada uno carga en lo que puede, y mueren de frío. La muerte de miedo estaba la más rica y pomposa y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos (4). Estos mueren á sus mismas manos, y sus sayones son sus conciencias, y ellos son verdugos de sí mismos, y solo un bien hacen en el mundo, que matándose á sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios á los inocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, muchos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las almas trocadas en plata y oro. La muerte de risa era la postrera, y tenía un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos; gente que vive como si no hubiese justicia, y muere como si no hubiese misericordia. Estos son los que diciéndoles: Restituid lo mal llevado; dicen: Es cosa de risa. Mirad que estáis viejo, y que ya no tiene el pecado que roer en vos: dejad la mujerilla que em-

(1) cuarto, como bolo. (Edic. de Barcelona, 1635.)

(2) como siempre. (Id.)

(3) obispos y prelados y á los más eclesiásticos, que como no tienen, etc. (El MS. y la edic. de Pamplona, 1631.)

(4) Así debe leerse el texto para que sea recto el sentido.)

(5) por quien se dijo: Fugit impius, nemine persequente. — Proverb. xxviii. 1. (Id.)

barazais inútil, que cansais enfermo; mirad que el mismo diablo os desprecia ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos. Responden: Es cosa de risa, y que nunc se sintieron mejores. Otros hay que están enfermos, y exhortándolos á que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y aun no se persuaden á que son difuntos. Maravillóme esta vision, y dije, herido del dolor y conocimiento: «¿Diónos Dios una vida sola, y tantas muertes! ¡De una manera se nace, y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar á vivir.»

En esto estaba cuando se oyó una voz que dijo tres veces: «Muertos, muertos, muertos.» Con esto se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron á salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusieronse en orden con silencio. «Hablen por su orden,» dijo la Muerte. Luego salió uno con grandísima cólera y priesa, y se vino para mí, que entendí que me quería maltratar, y dijo: «Vivos de Satanás, ¿qué me quereis, que no me dejais muerto y consumido? Qué os he hecho que sin tener parte en nada me difamais en todo y me echais la culpa de lo que no sé?» «¿Quién eres, dije con una cortesía temerosa, que no te entiendo?» «Soy yo (dijo) el malaventurado Juan de la Encina (a), el que habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andais, en haciéndose un disparate ó en diciéndole vosotros, diciendo: No hiciera más Juan de la Encina; daca los disparates de Juan de la Encina. Habeis de saber que para hacer y decir disparates, todos los hombres sois Juan de la Encina; y que este apellido de Encina es muy largo en cuanto á disparates. Pero pregunto si yo hice los testamentos en que dejais que otros hagan por vuestra alma lo que no habeis querido hacer? ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teníme la barba por no parecer viejo? ¿Fui viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenía? ¿Enamoréme con mi dinero y el quitarme lo que tenía? ¿Entendí yo que sería bueno para mí el que á mi intercesion fué ruin con otro que se fió dél? ¿Gasté yo la vida en pretender con qué vivir, y cuando tuva con qué, no tuve vida que vivir? ¿Creí las sumisiones

(a) Nació en 1468, y joven siguió la corte logrando colocacion en la casa y familia del primer duque de Alba D. Fadrique de Toledo, donde se distinguió en representaciones privadas, música, poeta y cómico gracioso. Por junio de 1496 se publicó en Salamanca el Cancionero de las obras de Juan del Encina; coleccion importantísima para la historia literaria de aquel tiempo, en la cual se encuentran imitaciones y traducciones no infelices de Virgilio, romances de algun arteificio, piezas dramáticas verdaderos alcores de nuestro teatro, y El arte de trovar lleno de noticias sumamente curiosas. Incluyó en el Cancionero los Disparates trocados, que comienzan

Anoche de madrugada,
Ya después de mediodía, etc.

(que cerca de tres siglos despues en más de una ocasion parodió el autor de las Fábulas literarias); y como los farsantes del siglo xvi, los acomodasen en lugar de loa y entremés al aderezar las representaciones dramáticas, hicieronlos populares en toda España, y quedaron por proverbio en el vulgo.

Pasó á Roma Juan del Encina por los años de 1514, ordenóse de sacerdote en el de 19, y en el mismo hizo en compañía del marqués de Tarifa el viaje de la Tierra Santa; peregrinacion que le dió asunto para un poema publicado en la capital del orbe cristiano por los años de 1521. Entónces Leon X nombró á nuestro músico y poeta maestro de la capilla pontificia. Agraciado en fin con el priorato de Leon, y restituido á España, falleció en Salamanca su país natal, en 1534.

del que me hubo menester? ¿Caseme por vengarme de mi amiga? ¿Fuí yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudrime de que otro fuese rico ó medrase? ¿He creído las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos á los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿Hemepreciado de hereje y de mal reglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fuí desvergonzado por campeare de valiente? Pues si Juan de la Encina no ha hecho nada desto, ¿qué necedades hizo este pobre Juan de la Encina? Pues en cuanto á decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamais disparates los míos y parates los vuestros, preguntó yo: ¿Juan de la Encina fué acaso el que dijo: Haz bien y no cates á quíen, (1) habiendo de ser al contrario. Si hicieras bien mira á quién? ¿Fué Juan de la Encina quien para decir que uno era malo dijo: Es hombre que ni teme ni debe, habiendo de decir que ni teme ni paga? Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer ni deber, y la mayor de la maldad ni temer ni pagar. ¿Dijo Juan de la Encina: De los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, de las damas la Beatriz? No lo dijo, porque él no dijera sino: De las carnes la mujer, de los pescados el carnero, de las aves el Ave María y después la presentada, de las damas la más barata. Mirad si es desbaratado Juan de la Encina: no prestó sino paciencia, no dió sino pesadumbres, él no gastaba con los hombres que piden dinero ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿Qué necedades pudo hacer Juan de la Encina, desnudo por no tratar con sastres; que se dejó quitar de la hacienda por no haber menester letrados; que se murió antes de enfermo que de curado, para ahorrarse el médico? Solo un disparate hizo, que fué, siendo calvo quitar á nadie el sombrero, pues fuera ménos mal ser descortés que calvo; y fuera mejor que le mataran á palos porque no se quitaba el sombrero, que no á apodos porque era calvario. Y si por hacer una necesidad anda Juan de la Encina por todos esos púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos; que todo el mundo (2) es monte, y todos son Encinas.»

En esto estábamos cuando muy estirado y con gran ceño emparejó otro muerto conmigo, y dijo: «Volved acá la cara; no penseis que hablais con Juan de la Encina.» «¿Quién es vuesamerced (dije yo), que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferencia?» «Yo soy, dijo, el Rey que rabió (a). Y si no me conocéis, por lo ménos no podeis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que á todo decis que se acuerda del Rey que rabió; y en habiendo un paredon viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferruelo lampiño, un trabajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luego decis que se acuerda del Rey que rabió. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan délsino vejeces y harapos, antigüedades y visiones;

(1) siendo contra el Espíritu Santo, que dice: Si benefeceris, acito cui feceris, et erit gratia in bonis tuis multa; si hicieras bien, etc. (Edic. de Pamplona y el MS.)

(2) es muerte, y todos son Encinas. (Todos los impresos. El MS. es únicamente quien dice monte.)

(a) El Rey que rabió por gachas ó por sopas, como familiarmente se dice todavía, fué tal vez el héroe de un cuento de viejas ó de alguna leyenda cuya noticia se ha perdido.

y ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa, ni tan carroña, ni tan caduca, carcomida y apollillada. Han dado en decir que rabié, y juro á Dios que mienten; sino que han dado todos en decir que rabié, y no tiene ya remedio; y no soy yo el primero rey que rabió, ni el solo; que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, á quien no levanten que rabia. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiá todos los reyes; porque andan siempre mordidos por las orejas, de envidiosos y aduladores que rabian.

Otro, que estaba al lado del Rey que rabió, dijo: «Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el Rey Perico, y no me dejan descansar de día ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del Rey Perico (b). Mi tiempo fué mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fuí yo y mi tiempo y quién son ellos no es menester más que oillos, porque en diciendo á una doncella ahora la madre: Hija, las mujeres bajar los ojos y mirar á la tierra, y no á los hombres,—responden: Eso fué en tiempo del Rey Perico; los hombres han de mirar á la tierra, pues fueron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fueron hechas dél. Si un padre dice á un hijo: No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendición á la mesa,—dice que eso se usaba en tiempo del Rey Perico. Ahora le tendrán por un (3) maricon si sabe persígnarse, y se reirán del si no jura y blasfema, porque en nuestros tiempos más tienen por hombre al que jura que al que tiene barbas.»

Al que acabó de decir esto se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía dijo: «Basta lo que han hablado; que somos muchos, y este hombre vivo está fuera desi y aturdido.» «No dijera más Mateo Pico, y vengo á eso solo.» «Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo Mateo Pico, que luego andais si dijera más, no dijera más? ¿Cómo sabeis que no dijera más Mateo Pico? Déjadme tornar á vivir sin tornar á nacer; que no me hallo bien en barrigas de mujeres, que me han costado mucho, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos, ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto, que emmendárades el refrán, diciendo: Más dijera Mateo Pico. Aquí estoy, y digo más; y avisad desto á los habladores de allá; que yo apelo deste refrán con las mil y quinientas.» Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topár con el mismo Mateo Pico (c). Era un hombrécillo menudo, todo chillido, que parecía que rezumaba de palabras por todas sus conjunturas.

(b) El vulgo corrompió en este nombre el de Chilperico II, rey de Francia, á quien el valor del rey de España Wamba detuvo en la empresa de sostener las pretensiones del rebelde Paulo. Decíase indistintamente en la época de QUEVEDO para denotar una muy antigua: Eso fué en tiempo del rey Perico, ó eso fué en tiempo del rey Wamba. La primera expresión ha caído ya en desuso, pero no así la segunda. Algun romance debió hacer popular la historia de Wamba y Chilperico.

(3) mal tiempo si sabe, etc. (Ediciones de Pamplona, 1651, y Barcelona, 1655, y todos los impresos.)

(c) Es tan difícil averiguar la cuna de estos personajes imaginados al azar por el vulgo, como indagar el origen de la mayor parte de nuestros refranes y expresiones proverbiales. Muchas de ellas lo tuvieron en los apodos con que la insensatez del hombre moteja las acciones y se burla de los defectos que ve en los demás, olvidando los propios. Mateo Pico es un epíteto con que se designa al charlatan, que es todo pico.

ras, zambo de ojos y vizeco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante, y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote, que se bullia en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafon, y poco á poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y destas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que habia visto y pasado me olvidé, y esta vision me dejó tan fuera de mí, que no diferenciaba de los muertos. ¡Jesus mil veces! dije, ¿qué hombre es este, nacido en guisado, hijo de una redoma? En esto oí una voz que salía de la vasija, y dijo: «¿Qué año es este?» De seiscientos y veinte y dos (a), respondí. «Este año esperaba yo.» «¿Quién eres, dije, que, parido de una redoma, hablas y vives?» «¿No me conoces? (dijo). La redoma y las tajadas ¿no te advierten que soy (1) aquel famoso nigromántico de Europa? (b) ¿No has oído decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal?» «Toda mi vida lo he oído decir le respondí; mas túvel por conversacion de la cuna y cuento de entre dijes y babador. ¿Qué tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algun alquimista que penabas en esa redoma, ó algun boticario; todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto.» (2) Sábete, dijo, que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; solo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron, no sin dolor de los doctos (c).» «Si me acuerdo, dije yo: oído he decir que (3) estás en-

(a) 1621 dice el MS., copia muy antigua de lo que hasta fin de aquel año tenia bosquejado QUEVEDO. Sin número son las erratas que la desdoran por torpeza del amanuense, que no entendía los originales; pero debemos á toda ley reconocerla como utilísima para aclarar y fijar el texto de este Sueño, uno de los más estrepeados por antiguos y modernos impresores.

(1) el marqués de Villena? ¿No has oído, etc. (El MS.)

(b) Don Enrique de Villena fué nieto del marqués de Villena, primer condestable de Castilla y después duque de Gandía, hijo del infante don Pedro de Aragón. Tuvo don Enrique por madre á doña Juana hija bastarda del rey don Enrique II; y fatigó más en las ciencias que en las armas, áncion natural que en vano contrarrieron sus padres queriéndole más caballero que letrado. La ignorancia, legislador universal, le trató con desden; la envidia extendió que el marqués supo mucho en el cielo y poco en la tierra; la malicia le disfamó con el vulgo y con todas las generaciones: le dió los nombres de estrellero y nigromante, haciendo aprender al vulgo que el Marqués dispuso que le picasen y convirtiesen en jigote y le encerrasen en una redoma para volver á segunda vida. Fué historiador y poeta, y murió en Madrid de cincuenta años á 15 de diciembre de 1434. Depositaron su cuerpo en el convento de San Francisco. — (Fernán Pérez de Guzmán, Generaciones y semblanzas, cap. 28.)

(2) Sabe, dijo, que no fui marqués de Villena, que ese título me dá la inocencia; llamáronme don Enrique de Villena, fui infante de Castilla; estudié y escribí, etc. (El MS.)

(c) Con motivo de esta quema bárbara el bachiller de Gíbdreal escribió al autor de Los Tricentistas: «No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morir, ni tampoco le bastó ser tio del Rey para no ser llamado por encantador. Dos carretas son cargadas de los libros que dejó que al Rey le han traído; é porque diz que son mágicos é de artes non cumplideras de leer, el Rey mandó que á la posada de fray Lope de Barrientos fuesen llevados; é fray Lope, que más se cura de andar del Príncipe que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros, que no los vió el más que el rey de Marrocos, ni más los entiendo que el dean de Cídad Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos haciendo á otros insipientes é magos; é peor es que se fazan beatos haciendo á otros nigromantes.» (Epístola 66.)

(3) estabas enterrado en San Francisco de Madrid; mas hoy me he desengañado. (MS.)

terrado en un convento de religiosos; mas hoy me he desengañado.» «Ya que has venido aquí, dijo, desatapa esa redoma.» Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome: «Espera; dime primero: (4) ¿Hay mucho dinero en España? ¿En qué opinion está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor?» Respondíle: «No han descaecido las flotas de las Indias, aunque (5) los extranjeros han echado unas sanguiueltas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas.» «¿Ginoveses andan á la zacapela con el dinero (dijo él)? Vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque solo el dinero que va á Francia (6) no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo andando esos (7) usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar antes que verlos hechos dueños de todo.» «Señor nigromántico, repliqué yo, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con esto y los gastos y empréstidos se apollilla la mercancía y se viene todo á repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio que las putas vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después los hereda el consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra: en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.» «Animádome has, dijo, con eso.

«Dispondme á salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.» «Mucho hay que decir en esto (le respondí yo); tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra.

«Hay honra en todos estados, y la honra se está cayen-

(4) ¿Hay paz en el mundo? «Paz, respondí, universal. No hay guerra con nadie.» «Eso pasa? Torna á tapar, que en tiempo de paz mandarán los poltrones, medrarán los viejos, valdrán los ignorantes, gobernarán los tiranos, tirarán los letrados, letradará el interés, porque la paz es enemiga (amiga) de picaros. No quiero nada de allá fuera: bien estoy en la redoma. Vuélvome jigote.» «Aligóme grandemente porque empezaba ya á desmigajarse, y díjele: «Aguarda, que toda paz que no se hace con buena (voluntad) es sospechosa. Paz, rogada, y comprada y pretendida es salsa y apéto para guerras. No hay para quien sea la paz; porque si los ángeles dijeron: Paz hominibus in terra bonae voluntatis, el sobrescrito de la paz viene á muy pocos de los que hoy viven en el mundo. Está para dar un estallido; todo se va revolviendo.» Con esto se sosegó y puesto en pie dijo: «Con esperanzas de guerra saldré de aquí (1), porque la necesidad fuerza que los príncipes conozcan y diferencien al bueno del que lo parece. En la guerra se acaban las raposerías de la pluma y la hipocresía de los doctores, y se restaña el pujamiento de licenciadados. Abre ahí pero dime primero, ¿hay mucho dinero en España, etc. (MS.)

(5) Génova ha hecho unas sanguiueltas, etc. (MS. y edicion de Pamplona, 1631.)

(6) sana de esos lamparones, porque el rey de Francia no admite, etc. (MS.)

(7) usajes de bolsas (Edic. de Pamplona y Barcelona, y todos los impresos.)

(1) Este párrafo confirma haberse bosquejado la Visita de los chistes en 1621, época en que terminaba la tregua de doce años con los holandeses, y en que dominaba en todos los españoles el espíritu guerrero, por creer que dicha tregua y la paz que hubo en gran parte del reinado de Felipe III fueron origen de todos los males de la monarquía. Rota la guerra en el mismo año y vistos los desastrosos resultados de ella, la opinion varió completamente, y QUEVEDO al retrear su discurso eliminó el párrafo.